

Contagiar la lengua.

En memoria de Jöelle Gallimard

Daniel Jerónimo Tobón

Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia,
daniel.tobon@udea.edu.co

El 17 agosto de 2022 nos despertamos ante un imposible: Jöelle Galimard había muerto. Un imposible no solo porque pocos días antes la habíamos visto dando clase o caminando por los corredores de la Universidad de Antioquia, sino porque su fuerza de carácter y su energía nos habían hecho creer que solo podía dejar de vivir por decisión propia, y que dejar de vivir no le interesaba lo más mínimo. Cada una de las conversaciones en las que intentamos asimilar la noticia estaba marcada por la misma sorpresa, por el mismo dolor y por el mismo amor.

Estudiar y trabajar en el Instituto de Filosofía fue, desde los años 90, estudiar y trabajar con Jöelle. Fue encontrarse con su figura pequeña, delgada y recia, siempre muy bien vestida (falda y pañuelo al cuello), con sus ojos claros e inquietos, su rostro expresivo y su risa franca. Conservó siempre un marcado acento francés, y un fraseo que resultaba imperioso por su velocidad y quizá por su contraste con nuestro acento paisa, que es más bien cantadito. Su español, sin embargo, era perfecto, y le gustaba incluir de vez en cuando alguna expresión muy local. Puedo imaginar el placer con el que escribió el glosario de su tesis sobre Tomás Carrasquilla, donde explicaba a sus lectores franceses qué era un tamal, qué un buñuelo, qué una mazamorra.

Su relación con el saber y con sus estudiantes no tenía nada de litúrgico, nada de rígido, nada de esa distancia artificial que algunos profesores parecen considerar imprescindible. La seriedad con la que ejercía la docencia era sumamente gozosa. A ella, que había comenzado dando clases de español en un colegio francés, las clases divididas por niveles y temas estrictamente planificados no le interesaban mucho. Le gustaban, en cambio, los cursos de literatura y filosofía francesas, en los que terminábamos hablando francés por pura necesidad:

nosotros éramos los primeros sorprendidos de ser capaces de decir algo más o menos coherente en esa lengua, y de que ese saber permaneciera más allá del aula y se extendiera a la música, las lecturas y las conversaciones en la calle.

Tampoco tenía ni una pizca de condescendencia. A la vez cariñosa e implacable, confiaba tanto en nosotros que no temía tratarnos con dureza. Generaba la convicción absoluta de que era la mejor profesora de francés que podía encontrar un filósofo en esta ciudad, y de que podíamos llegar a merecerla si nos esforzábamos lo suficiente. Y eso significaba, además, convertirnos en miembros de una especie de cofradía vitalicia, cuyo santo y seña era su saludo en francés.

Esta cofradía estaba hecha también de gestos de generosidad y pequeñas complicidades, cuyo recuerdo brotó por todas partes en los días después de su muerte cada vez que se invocaba su nombre. Los estudiantes que pasaron por el Instituto durante las últimas tres décadas encontrarán familiares sus gestos, las historias de solidaridad y complicidad, las expresiones con las que marcaba una distancia irónica frente a los falsos problemas en los que tendemos a meternos los estudiantes de filosofía (“¡Estos filósofos...!”) o ante la cultura machista (“¿Usted por qué dice esa bobada, si no es hombre?”). La frase que se escogió para el mural que se pintó en su homenaje la ilustra de cuerpo completo: “En français, le mot pensée est, évidemment, féminin”. Siempre estaba dispuesta a prestar un libro, a resolver dudas en la traducción de algún texto filosófico hasta entonces desconocido en español, a sacrificar su propio tiempo para proponer nuevos ejercicios a los estudiantes entusiastas y explicarles alguna de esas reglas abstrusas que pululan en la gramática francesa (ella era la primera en reconocerlo y deplorarlo: demasiado cartesiana y formalista, decía).



Los resultados académicos eran visibles: el nivel de comprensión de francés en el Instituto resulta sorprendentemente alto, gracias a ella. Pero más allá de eso, los resultados de su trabajo eran vitales. Su presencia fue un acontecimiento que cambió las vidas de muchos. A algún estudiante casi lo obligó a entender que una compañera (ahora su esposa) estaba interesada en él; a otros les abrió el camino para obtener una beca o para irse a estudiar a Bélgica, Francia o Canadá; a muchos les dio una herramienta que les permitió encontrar un trabajo y a todos, sin excepción, nos ayudó encontrar un punto de vista más amplio desde el cual mirar el mundo, la filosofía y a nosotros mismos.

Durante las más de tres décadas que trabajó en la universidad se mantuvo fiel a sí misma y a su compromiso con los estudiantes. Su actitud encarnó una forma de asumir la enseñanza como un llamado y una vocación, no como un trabajo. Quizá por eso nunca se retiró. Sabía demasiado bien que su misión no se reducía a transmitir un conocimiento útil para ganarse la vida o conseguir un certificado. Tampoco le interesaba el sistema académico, la lucha por una vinculación permanente o las intrigas administrativas. No quiso ser otra cosa que una profesora que podía dedicar todo su tiempo a esos encuentros con los estudiantes que, evidentemente, la hacían feliz. En esos encuentros transmitía el amor por la lengua y la cultura francesas, así como una aguda conciencia de sus problemas y de la distancia que nos separa de ella. Esto es quizás lo que le da a su imagen una fuerza inolvidable, una fuerza que no podemos dejar marchitar. ■



Alejandro García Restrepo, Prometeo (lápiz sobre papel, 2020), @alejandrogarcia_restrepo

